

ESCENARIO DE “ECUADOR DRAMA Y PARADOJA”

Leopoldo Benites Vinueza

TRASUNTO DEL PAISAJE

La línea divisoria del mundo —el Ecuador terrestre— pasa al Norte.

No llegan hasta allá las aguas frías de la corriente antártica. La selva hunde sus dedos en el mar. La selva es verde como una esmeralda caliente y móvil. El mar es verde como una esmeralda. La tierra misma lleva un nombre significativo: es la provincia de las Esmeraldas.

El nombre vino desde los días del asombrado encuentro del hombre blanco con los ardientes litorales del trópico: cando Pizarro y su mesnada llegaron al río de los Atacames y encontraron, entre las riquezas acumuladas, gruesas esmeraldas en las que el sol rompía deliciosamente sus rayos. Era el momento en que el hombre bautizaba los elementos, y lo sujetaron a su designio con el nombre del Río de las Esmeraldas.

La selva tiene allí el empuje de la vida primigenia. Fuerza vegetativa formidable y agobiadora. Pujan-za de crecimientos sin limitaciones.

Hay árboles. Árboles. Árboles. Caucho de suave líquido que emana de las abiertas heridas vegetales. Balsa suave y liviana. Duro guayacán y ébano moreno. Pechiche oloroso y bálsamo fragante. Tagua, marfil vegetal. Maderas preciosas y variadas.

Es la pura e ilimitada fuerza de la naturaleza del trópico.

Bajo los enormes árboles de la selva se tienden los ríos sonoros, anchos, con su leve palpitación luminosa.

Amplias playas sonoras se acuestan junto al mar con una calidez de mujer. Y, más allá, un horizonte de palmas hace un tatuaje verde claro sobre el cielo demasiado azul. O, cuando la playa se angosta al acercarse a la boca de sus ríos musicales —en San Lorenzo hay una sinfonía de agua—, los manglares meten sus mil brazos largos en las aguas transparentes.

Los ríos esmeraldeños —doblemente esmeraldeños por el color y la nominación— tienen una belleza distinta: el Cayapas es una paradoja. Tranquilidad idílica del agua en un crepitar de gritos animales, de cantos alados, de ruidos de élitros.

El Esmeraldas tiene una voz grave, un gran acento sonoro. Corre sobre un plano inclinado, veloz como los pies de un atleta fugitivo de un hexámetro de Píndaro.

Todos ellos llevan oro. El sistema del Santiago es aurífero por excelencia: el Cayapas, el Onzole, el Cachabí, el Bogotá, el Playa de Oro, los Zapallos. Y junto a la pepita áurea, suele encontrarse la pepita blanca y rutilante del platino.

Más al sur, desobedeciendo la linderación política, se prolonga la selva hacia otra provincia: la de Manabí, cuyo nombre fue arrancado de la remota prehistoria anteaica.

La invasión del trópico se detiene, viniendo de Norte a Sur, casi a la altura del cabo Pasado. Allí el duelo de la selva y el mar se plantea. La corriente fría antártica, cuyo ramal marcha hasta ese punto paralelo a la costa ecuatoriana, aridece la tierra. Y cambia bruscamente la decoración. Son sabanas. Ni una nota de color en el largo secano. El sol reseca la tierra que fue humedecida por las lluvias y la agrieta formando la *serteneja*, difícil red de tierra endurecida que obstaculiza el paso animal y el avance humano.

A la selva abrumadora de exuberancia, sigue un paisaje seco y gris. De trecho en trecho se alcanzan los algarrobos, resistentes a la sequía, que ofrecen sus vainillas resacas al hombre y la sed de los ganados. Y el ceibo, oveja vegetal de la tierra.

Ningún árbol tiene la prodigiosa individualidad que este extraño árbol de secano. La lluvia lo cubre de hojas, de pequeñas flores. Pero en la larga estación seca abandona el lujo inútil de la hoja. Se despoja de la gloria transeúnte de la flor. Y quedan más visibles los gruesos troncos de corteza casi animal, rugosos y retorcidos. La fantasía no se cansa de encontrar metáfora en la serie ininterrumpida de ceibos. Tienen formas sexuadas, reminiscencias fálicas, en el incrustarse de sus ramas sobre el tronco. Obscenas figuraciones. O parecen enormes rebaños de elefantes con las trompas hacia cielos grises. O fantasmas vegetales.

La monotonía de la sabana se corta por las pequeñas elevaciones montañosas. Las cordilleras costeras ejercen su acción modificadora en la climática y bioclimática del litoral. Los cerros de Hojas y Montecristi, los dientes erizados de Paján, las sinuosidades de las montañas de Colonche y Chongón con sus prolongaciones hacia el cerrillo del Carmen y las Cabras, las elevaciones de Zamba Pala en la Puná, cambian la vegetación.

El bosque trepa por los flancos verdes agarrándose con las raíces del guayacán de corazón acerado, el guachapelí duro, las maderas que proveyeron a las ciudades costaneras de su arquitectura primitiva hasta que llegó la era unificadora del cemento.

Guayaquil, el puerto, queda

propiamente en la región sabanera. Lejos del imperio del trópico. Enlazada la ciudad por los brazos de dos ríos, rehuye el abrazo y el agua se tiende a sus plantas en una ancha ría que corre hacia el Pacífico. Por la sombra grata de los soportales, pasea desde la tarde el viento marinero que viene recorriendo las áridas llanuras con los pies mojados de humedad salubre como el viento homérico de la *Iliada*. Y a pesar de que su nombre evoca ideas de calor sofocante, la temperatura no sube ni aun en la época húmeda y caliente a más de 35 grados centígrados en horas de la tarde.

Próxima a la ciudad, empieza la vida del pantano. La extensión verde y temblorosa —*la tembladera*— en donde suelen arremansarse las garzas y tenderse al sol el caimán gigantesco. La vida multiforme y sin límites del insecto y la rana colorea los bordes palúdicos del agua.

Entre la costa, sujeta a la variabilidad de las corrientes marinas, y la serranía, sujeta al imperio cósmico de los Andes, está la enorme planicie virgen, la selva tropical, el mundo rugiente de la fiera. Es el trópico ignoto e intacto. Desde él bajan los ríos como el Guayas, de cuyo sistema hidrográfico ha vivido el Ecuador y el Santiago. O por él se abren paso los torrentes andinos que van formando sistema hidrográfico, como el Esmeraldas y el Jubones. Cientos de afluentes cor-

tan la selva con su fulgor de agua, custodiada por enormes mangos espesos y naranjos frutecidos de amarillo claro.

Es la zona del cacao que dio su vida dramática al Ecuador republicano. Del banano de anchas hojas sonoras. De la palma real, atalaya de los vientos. De las maderas finas y perdurables del trópico.

La acción andina se patentiza en esa región casi abandonada, modificando la calidad de la tierra. La acidez vegetal de la descomposición de hojas putrefactas debería acentuar el pH. Pero la ceniza arrojada en siglos de erupción por los volcanes, transformada por la paciencia diligente del agua y del tiempo, alteró su acidez y dio al extenso cinturón tropical que une al macizo andino con la zona costanera, una riqueza sólo comparable a la de las tierras de Java.

Arriba, dominan las montañas. El paisaje no es igual. A veces es una égloga de la poesía cósmica. Otras, un paisaje de arenas muertas sobre las que el viento traza signos fugaces. A veces, un áspero paisaje de tempestad: cielos grises de amenaza.

El valle es el idilio de la tierra: un río músico que se desliza quebrando sus leves notas de espuma sobre la piedra. Árboles que tienen la doble dulzura del canto y del fruto. Pastizales extensos en donde, sobre el verde tierno de la hierba, estalla como una metáfora imprevista la flor morada de la alfalfa.

Eucaliptos sonoros que se doblan de música en el viento. Suaves colinas y laderas inclinadas.

Más arriba, cerca de las cumbres, comienza la vida del páramo: la desolación en infinitud de horizonte. Es el arenal áspero. Apenas si crecen hierbas pequeñas. Espadanas rectas y cortantes. Cactus sinuosos y rugosos.

El viento pasea ancho y libre por el páramo. Un viento que leva agujas de nieve como saetas pequeñas y crueles. Sopla por las abras de la cordillera. Penetra hasta los valles. Pero en la soledad sin límites de la enorme puna —la soledad que se contempla a sí misma— el viento es el dominador brutal del escenario.

Cerca del Chimborazo, el arenal parece no tener más límite que la nieve y el cielo. Enorme y transido de viento, el arenal se extiende por kilómetros. Sin una hierba ni una brizna, como un paisaje lunar. Sólo tatuado por los huesos de animales —y de hombres— a quienes sorprendió la noche de ventisca o la helada matadora. Y dominando el espectáculo con una grandeza insensible, la nieve lejana que el viento anticipa.

El paisaje andino está labrado a fuego. La acción volcánica ha sido un constante batallar de la tierra y el fuego. El Cotopaxi, el Tungurahua, los Pichinchas —el Rucu y el Guagua—, el lejano Sangay, han mantenido alternativamente la batalla multiseccular que agitó la

tierra temblorosa. Otros, como el Carihuairazo, están silenciosos desde hace siglos. Mudos, con una expresión de grandeza extinta, muestran las cicatrices de sus glaciares y el golpe cortante de sus cráteres.

La serranía es “un galope de volcanes”. La alta y serena majestad del Chimborazo preside con su soledad nevada el titanismo cósmico de los montes. Grande, sereno, regular casi, tiene algo de patriarcal junto al Carihuairazo giboso y a la rebeldía geométrica del Altar, adoratorio del cielo para la fiesta solar del amanecer y el orto idílico de la luna. El Tungurahua, cónico y fino, tiene una silueta de luchador liviano. Es el insurgente cósmico que suele hablar con palabras de humo y metáforas de lava. El Cotopaxi, paradoja de nieve y fuego, es el titán amarrado al silencio por un lazo de agua tremolante. El Rumiñahui tiene algo de esa aspereza bronca del héroe aborígen que le dio su nombre. Los Illinizas son como los adolescentes felices del gran coro trágico del vulcanismo ecuatoriano. Más lejos, enamorado de la blancura, el Cayambe es como un asceta solitario, fugitivo hacia el cielo y el silencio petrificado del Antisana se recuesta sobre la tierra.

Arriba, muy arriba, pasean los huracanes y se arremolinan en escuadrones las nubes deshilachadas. Es la zona de condensación de las aguas, las enormes masas de agua que suben de la selva caliente

y de la vasta Amazonía. Cae la lluvia con la fuerza diluvial de los días primigenios del mundo, y de una cordillera a otra —como el mito cósmico de los Puruhaes— la palabra bárbara del trueno lleva las exhalaciones vitales de la montaña.

El agua de los deshielos baja desde las cumbres. Es, al principio, un leve murmullo cantante que va aumentando. Rueda por las laderas, corre fugaz sobre suaves planos inclinados. Rompe con paciencia diligente la roca. Y salta, al fin, en la espumosa catarata: Agoyán, con su voz grave, profunda; Inés María, con su palabra de espuma; el manto irisado de la Chorrera.

El paisaje andino tiene la animación trémula del agua. El río es una égloga. Se desliza con una transparencia diáfana entre los grandes pedazos de roca. Se tiende en el suave remanso acariciado por el sueño vegetal de los sauces, como en los ríos azuayos, maravillosos: el Yanuncay de sabroso color de vino claro, el Tomebamba cristalino, el Tarqui umbroso, el Machángara raudo.

Al llegar a los hondones menos profundos —las abras de los ríos orientales— asoma el paraíso inesperado, la frescura gloriosa de un paisaje acariciador: Baños de Tungurahua, Paute, Gualaceo. Hasta la luz es más luz en ese edén perdido. La luz de Gualaceo y de Paute, de Catamarca y Vilcabamba, del Patate y de Ibarra, acaricia.

Su palpitación luminosa es tan

leve que ni enceguece la pupila ni quema la piel. Frutecen allí —real primavera eterna— el limón y la naranja, junto al melocotón suave de los climas templados. La caña de azúcar y la espiga del cereal. Es el límite dichoso del trópico y la serranía, sin el calor del uno ni el frío de la otra. Hasta los ríos son domesticados y apacibles: no corren con la fuerza de torrentera del río serrano y suelen arremansarse para acunar el reflejo de los árboles llenos de frutas y de pájaros.

Baños del Tungurahua no tiene la serenidad de idilio clásico de los valles profundos de las comarcas australes. Don Juan Montalvo, gran amante de soledades musicales gustaba ese paisaje de contraste violento como su alma. Y era la pequeña villa de Baños su lugar predilecto para la evasión introspectiva. Sentado junto al frondoso aguacatero de grandes hojas frescas, que hasta hoy sabe del coloquio de amantes y de pájaros que dejan en su tronco y en sus ramas iniciales y cantos, el gran romántico solía gozar de ese revuelto paisaje de trópico y serranía, de rocas ásperas y de remansos apacibles, que canta con la débil voz de la vertiente y ruga con la gran voz sonora de la catarata.

Los lugares idílicos y tibiamente primaverales —Baños, Paute, Gualaceo— son las puertas de la inmensa Amazonía: el declive suave de la cordillera oriental.

Más allá, se levanta la selva.

Agua y árboles. Agua que baja de la montaña y que sube de la selva. Árboles grandes, grandes. Es un mundo que está naciendo, informe y caótico. Es la Amazonía ilimitada, el mundo virgen y patético que está en espera del destino.

De los Andes ecuatorianos bajan ríos de maravilla. La cadena oriental se tiende suavemente a descansar entre la selva su cansancio de roca y de fuego. En sus laderas, el bosque subtropical se agarra a la montaña para lucir mejor su vestido de árboles y el adorno claro de sus cataratas.

Al principio, los ríos se retuercen entre rocas. Saltan y bullen. Llevan pedruscos negros y lava petrificada. Bloques ciclópeos. Después, al rodar por la planicie, se acuestan a cantar —con voz de nostalgia— canciones de serranía.

El paisaje es contrastado y sin par. Doseles de ramas forman bóvedas solemnes, y a veces entre el claro de la selva, se ve a la distancia la blancura en fuga de la nieve cordillerana: el Sangay irisado de sol crepuscular y el Sumaco que asombró a los hombres blancos de la aventura primigenia en la selva, que le dieron el nombre arrancándolo de la suave raíz quechua *sumaj*, que significa bello.

La amazonía es el mundo del misterio. Dramático y sombrío mundo preñado de hostilidad para el hombre. Pero los declives orientales del Ecuador no tienen aún ese ceño de áspera infranqueabilidad. La

acción de la cordillera dulcifica el clima y también modifica la acidez de la tierra, transformando en riqueza de humus la excesiva putrefacción de la hoja y la raíz.

El clima de los declives orientales —si bien húmedo, denso de agua—, no tiene el rigor abrasador y sofocante de la amazonía. Corren las brisas andinas como una caricia entre el bosque. Se mantiene la temperatura en grados tolerables. No comienza el pantano amazónico su enorme imperio y aún el mosquito no lleva en sus glándulas salivales el hematocario siniestro de la malaria.

La tierra vegetal tiene una pujanza sin limitaciones. Todos los frutos del trópico duplican su tamaño y su rendimiento. Los frutales europeos o asiáticos de clima cálido se adaptan al ambiente, pero multiplican su crecimiento en proporciones de gigantismo sorprendente.

El caucho llora por sus heridas vegetales el líquido blancuzco en cuya búsqueda el hombre blanco animalizó sus instintos. La quina de su corteza misteriosamente febrífuga que hizo una odisea fantástica, una peripecia aventurera de desarraigo, para ir a servir a los holandeses de Java. Las maderas más extraordinarias crecen allí: maderas de suave pulpa rosada como piel de mujer, de color suave como un sueño, o negra y dura —el ébano— para el decorado elegante.

Vastas zonas altas serían propicias para dehesas mugidoras, para

vacadas apacibles al amparo de un clima salubre, con gran cantidad de agua aprovechable.

Los ríos llevan oro, casi todos. Quizás la mayor riqueza aurífera de América, como lavaderos, está en el Oriente ecuatoriano abandonado. Y en el subsuelo hay petróleo.

El Oriente es selva. Y agua. Las torrenteras andinas se ensanchan para formar los ríos navegables que van hasta el distante Amazonas —ecuatoriano por el esfuerzo conquistador y el título jurídico, pero perdido por un hábil golpe de audacia en los salones de Itamarati— y corren hacia el Atlántico. Algunos son navegables desde territorio ecuatoriano. Y así este pequeño país contrastado y desigual mira —para un futuro de esperanza— hacia dos mares y dos mundos— de dos selvas: la selva occidental y la enorme selva amazónica de Oriente.

UNA ENCRUCIJADA DE LA GEOGRAFÍA

El Ecuador es un drama de la geografía

El factor geográfico actúa en él con una intensidad primordial. No es sólo el ambiente físico lo que determina de inmediato la existencia ecuatoriana, sino lo geográfico en su sentido más extenso de posición en el mundo.

Hasta su vago nombre está determinado por ese factor: Ecuador —nombre geométrico y geográfico—

es una denominación postiza que nada significa en la tradición y que se debió a circunstancias accidentales en vez de ser una denominación expresiva.

La tradición señalaba el nombre de Quito como el indicado para expresar la nacionalidad de modo más arraigado en la conciencia del pueblo y con un sentido histórico más rico de contenidos. Antes de existir como República independiente, el Ecuador fue: Gobernación independiente de Quito y luego Audiencia y Presidencia de Quito y más remotamente había formado el Reino indio de Quito, si nos atenemos a la tradición un tanto borrosa y controvertida de los Shyris. Sólo una fortuita circunstancia determinó la nominación: el haber dado el nombre de Ecuador a un departamento de la Gran Colombia en las leyes de división territorial de aquella unidad transitoria. Ni siquiera fue a la totalidad del actual territorio ecuatoriano. Pero el país nació a la vida republicana con ese nombre que nada significaba en su vida histórica ni en su leyenda nacional.

Su posición en el mundo —bajo la línea ecuatorial— no justificaba la denominación. En cambio determinó un conjunto de hechos que constituyen hasta ahora un sino que no ha sido posible vencer: en el momento en que el mundo se hacía atlántico —saliendo de la era mediterránea de la cultura— el Ecuador, situado sobre el Pacífico, en el centro del continente demasiado vasto,

quedó fuera de las corrientes del comercio.

El siglo XV inició, con la conquista de las rutas oceánicas, el proceso de transculturación sobre el Atlántico. En el XVI fue el azul Caribe el mar de la aventura. Tanteando sus costas, en busca del camino hacia las Indias, partieron de ese mar los duros conquistadores del norte, los de la epopeya de México, los hombres del Darién y el Yucatán, lo mismo que los primeros aventureros españoles de Florida. Explorando hacia el sur, los Yáñez Pinzón y los Díaz de Solís avanzaron hasta el mar dulce de la Amazonia y luego Magallanes abrazó la cintura de la tierra como un inmenso cinturón de espumas.

Los litorales atlánticos ofrecían en el norte la ventaja de su mayor proximidad a Europa y de sus anchas vías de penetración: los ríos navegables. La colonización inglesa posterior no tuvo la peripecia heroica que la aventura española: vencimiento de imperios, conquista de altas mesetas, dominio de cordilleras ásperas, sometimiento del trópico. Se extendió hacia el interior por ríos apacibles. Se arraigó en una tierra propicia, de clima regulado por estaciones, más blando a veces que el clima europeo.

Los litorales atlánticos del sur ofrecieron al aventurero español o portugués una tierra rica, de especiería codiciada y de madera del Brasil. Hacia el sur del Pacífico se extendió solamente la masa de bus-

cadore de metales. Cuando comenzó a vibrar la campana de plata del Potosí, acudieron hacia allá los hombres de la aventura. Se arraigaron en los lugares de riqueza minera: el Alto Perú, cuyo nombre despertaba en la imaginación de esos hombres la idea de lo fabuloso y de lo mítico. O se fijaron en los lugares en donde el clima les ofrecía semejanza con la Europa añorada, como ocurrió en el sur chileno.

Situado en un recodo del Pacífico, el Ecuador quedaba inaccesible. Para llegar a él había que vencer la ardiente manigua del Istmo de Panamá. O que lanzarse por el Estrecho de Magallanes a desafiar tempestades. Las oleadas migratorias tuvieron que irse sedimentando en los lugares más fáciles y próximos. Las velas impulsaban demasiado lentamente los barcos para permitir que llegaran hasta ese lejano país de Quito los aventureros de la colonización.

Llegaron, sin embargo. En los primeros tiempos de la conquista, los atraía una leyenda. Contaban del tesoro perdido. Cuando el Inca quiteño Atahualpa, soberbio y majestuoso, quiso calmar la filocrisia del conquistador, le ofreció llenar de oro una habitación "hasta la altura de un hombre con los brazos alzados". Del sur peruano recién conquistado —Quito acababa de convertirse en conquistador— comenzaron a llegar las cargas de oro.

A lo largo de los reales caminos que trepaban por lo más fragoso de

la cordillera, la procesión india llevaba hasta la fría Caxamarca el tesoro salvador ofrecido como rescate. Todos los ríos quiteños acarrear oro: los cañaris sabían labrarlo con primor sacándolo de las alturas de Nabón y Sigsig o del apacible río Gualaceo; sabían labrarlo también las demás tribus comarcanas. Y para salvar al Inca quiteño, la procesión innumerable caminaba horas y días por los caminos reales que trepaban la cordillera andina.

Una parte del tesoro no alcanzó a llegar. La suspicacia española quiso ver en la oferta fabulosa una manera de dar tiempo para la preparación del levantamiento indio. Atahualpa fue asesinado después de una farsa curialesca. Una olor de horror sagrado corrió por el reino quiteño y vibró con un sentido poético popular recóndito, maravilloso, la frase anónima: *Chaupi punchapi tutayacu* (anocheió en la mitad del día).

Mas no fue sólo la elegía desconsolada. Un hombre de estirpe quiteña llamó a la rebelión haciendo sonar un extraño tambor de guerra: Orominabí, o Rumiñahui. Ati de Pillaro, según cuenta la leyenda, mandó cortar la cabeza y sacar la piel al débil Quillascacha, el príncipe complaciente, listo a la colaboración con el conquistador, y con su piel hizo construir el épico tambor. Acudieron a la llamada. Las tropas indianas se aglomeraron. Se dio la batalla. Y Rumiñahui, vencido, fue quemado en la ciudad de San Fran-

cisco de Quito, que acababan de cristianizar los españoles.

La noticia del tesoro hizo arder la mente de los españoles. Sebastián Moyano nativo de Belalcázar, lugarteniente de Pizarro, subió desde San Miguel de Piura en pos del tesoro. Diego de Almagro, el socio del Marqués Gobernador, llegó a la zaga. Desde Guatemala, después de un ascenso heroico de la cordillera, llegó a Quito el Adelantado don Pedro de Alvarado.

Pero el tesoro indio jamás descubrió su secreto.

Lo buscaron en las breñas y las llanuras. Exploraron en la terrorífica soledad de los Llanganatis. Excavaron en las tierras de Loja. Inútilmente. Hasta hoy el tesoro sigue guardando su mudez de secreto. Se calcula que más de veinticinco mil cargas de oro, cada una del peso de una arroba española, están bajo la tierra.

A pesar de ello, el siglo XVI quiteño fue el siglo del oro.

Los ríos fueron explorados. El río de Paute, cristianizado con el nombre de Santa Bárbara, vio remover sus aguas de maravilla. Se hundieron los cuerpos indios, bajo el látigo del capataz mestizo o blanco, en las aguas heladas de los altos ríos cordilleranos o en los orientales, sonoros de espumas y de mosquitos. Se siguió el trabajo de la metalurgia iniciado por la sabiduría de los Cañaris y otras tribus. Surgieron ciudades en la jungla: Sevilla del Oro y Logroño de los Caballeros,

fundada ésta por el capitán don Bernardo de Loyola y Guinea, en la selva densa y ardiente de los declives amazónicos, allá donde los ríos que horadaron la piedra de las montañas se tienden sobre las planicies sedimentando sus pepitas de oro.

Pocos años después de la Conquista, cuando el volumen de hombres blancos era escaso para poblar las extensiones ilimitadas del continente, Sevilla del Oro y Logroño llegaron a tener 25.000 habitantes, según lo consigna el P. Vacas Galindo. Y cuando, en 1599, la voz bronca del caudillo jíbaro Quiruba llamó a la rebelión a los selvícolas, murieron, bajo las lanzas diestras y las flechas envenenadas, 12.000 blancos y 7.000 mujeres fueron rapadas, incluyendo las monjas enclaustradas de la Concepción. La selva devoró luego las ciudades, cuya huella jamás volvió a encontrar el hombre.

En 1549, luego de la llegada blanca, las viejas minas de Zaruma —después copiosamente explotadas por la South American Development— comenzaron a sentir que el hombre les hurtaba las entrañas. Y el heroico capitán don Alonso de Mercadillo fundó la Villa y Real Asiento de Minas de Zaruma.

Pero pronto la oleada migratoria del XVI —el siglo del oro quiteño— reflujo hacia tierras más fáciles y prósperas. La tierra ecuatorial rechazaba al hombre. No sólo por la dificultad de llegar hasta ella, sino por la dificultad de penetrarla.

Selvas extensas obstaban el paso de las cabalgaduras. Ríos bravos y anchos cortaban los senderos. Grandes pantanos les oponían trampas peligrosas. Y luego, para llegar a las mesetas templadas, gratas para el europeo, había que subir los peldaños de una cordillera áspera y fragosa. Demasiado alta. Inaccesible. Custodiada en sus laderas por la vegetación formidable del subtropical y coronada arriba por el páramo cortante, frío, en donde pasea el viento andino aullador y desapacible.

Las corrientes de migración se apartaron. No llegaron en el XVII, siglo de la sedimentación propiamente colonizadora. Ni en el XVIII, de la estructura colonial definitiva. Ni siquiera en el XIX, emancipado políticamente. Para que el Ecuador comenzara a vivir internacionalmente tenía que esperar que pasara la era atlántica y que llegara la gran era ecuménica que conquista los mares remotos y los océanos distantes con la máquina de petróleo. Y sobre todo, tenía que esperar ese fiat creador del hombre que unió los océanos desunidos: el Canal, que vio la voluntad mística del español, que soñó el genio clarividente de Bolívar y que realizó la paciencia domesticada y la técnica del norteamericano.

El Ecuador se incorpora al mundo cuando el resto de América está ya en avance. Llegó tarde a las rutas comerciales. Se incorporó tarde a la vía ecuménica. Cuando ya las corrientes migratorias se habían

lanzado en busca de las fáciles regiones del norte. Cuando ya el Atlántico había servido de sendero para las ansias religiosas del puritano, para la rapaz aventura del mercader, para la voluntad intrépida del aventurero.

Tenía que esperar, también, que la técnica venciera la aspereza tenaz de su geografía: que el vapor pudiera subir fácilmente sus ríos, que las paralelas de hierro dominaran la oposición de la montaña, que la ingeniería aprendiera a domesticar los pantanos.

El determinismo geográfico es más intenso mientras menor es el desarrollo técnico. En un principio, la geografía es primordial. Lo telúrico, el paisaje, la posición en el mundo, determinan de modo absoluto el destino del hombre. Es un drama patético: o la naturaleza vence al hombre y lo sojuzga a su imperio sombrío e inconsciente, o el hombre vence a la naturaleza y la somete a su designio. El determinismo geográfico ha dominado en el escenario ecuatoriano durante siglos. Sólo ahora comienza la lucha del hombre por vencerlo. Y es en esa lucha en donde radica el patetismo de sus dramas políticos, de sus revoluciones sangrientas, de su inestabilidad social. El Ecuador es un país en nebulosa que busca todavía sus núcleos condensadores. Un país en formación económica. Y su vida aún está regida por las determinaciones de su medio geográfico.

Ese medio geográfico es de

extraordinaria complejidad. La posición del país —bajo la línea ecuatorial— sugiere de inmediato la idea de la exuberancia, del tropicalismo, del calor agobiador, del clima más sano e insalubre. El nombre mismo de Ecuador despierta la asociación de África con sus pantanos bullentes y su selva agobiadora, acechante de muerte y tatuada de peligros. Sin embargo, pese a ser un país tropical y ecuatorial, las condiciones de existencia en él tienen óptimas ventajas.

Hay dos factores que modifican las condiciones ecuatorianas: las enormes elevaciones de los Andes, muy próximas al mar, y las corrientes alternativas que se acercan hasta sus litorales.

Pío Jaramillo Alvarado ha dicho la frase definidora: “El Ecuador es los Andes”. La cadena vertebral de montañas americanas, que en Sudamérica es los Andes, se divide al llegar al Ecuador en ramales paralelos: la cadena oriental, que atalaya los bosques de la Amazonía, y la cadena occidental, que mira hacia el pacífico. Entre el océano y la cordillera se tiende la verde tierra tropical, la zona maravillosa que, según estudios técnicos es de prodigiosa riqueza en humus, sólo comparables a las tierras de Java. Entre los dos ramales de la cordillera, la meseta interandina ríe en la gracia de sus valles y sus zonas templadas paradisíacas. Más allá de la cordillera oriental se tiende la inmensurable tierra amazónica, a la que bajan

reptando los ríos ecuatorianos ricos en oro: el Napo, el Pastaza, el Morona, el Zamora.

Esta acción andina sobre el clima es decisiva. Sirve para la condensación de la evaporación del bosque y determina el ritmo de las lluvias. La nieve perpetua y los vientos que salen por las bocas rugosas de sus abras, enfrían el ambiente litoral que de otro modo sería de calidez rigurosa. Y da a la meseta interandina —la zona templada— su eterno y grato semejante a la primavera o al otoño septentrionales.

Esta acción modificadora del clima impone al Ecuador una variedad extraordinaria y peligrosa: la selva tropical caliente, la zona templada y grata de los valles, el rigor del páramo frío, la zona glacial de la nieve perpetua se encuentran reunidos en una zona territorial reducida e imponen al hombre ecuatoriano una diversificación que retardó —y retarda aún— el proceso de unidad política y económica.

Propiamente —y si se prescinde de diferenciaciones más particulares— hay tres países unidos y aún no vertebrados de modo definitivo: la zona litoral, húmeda, de grandes bosques y de tierra excepcionalmente fértil; la zona interandina, templada, de clima grato hasta los 300 metros, en donde han prendido todos los árboles europeos y se madura la espiga del cereal: trigo, cebada; la zona del pan y de la fruta; y la zona amazónica oriental, que tiene rasgos climáticos distintos

de los de la zona litoral aun cuando posea las calidades genéticas de tropicalismo.

Además de la acción modificadora del macizo andino, hay otro factor determinante: el mar. Hasta el Cabo Blanco, en el norte del Perú, sube la corriente antártica a la que dio su nombre el sabio Alejandro de Humboldt. La acción de esa corriente fría rige la existencia del litoral peruano estéril y reseco. Desde ese punto, la corriente de Humboldt se desvía hacia el oeste y se aleja por las soledades oceánicas, después de pasar por las islas encantadas de las leyendas románticas: el archipiélago de Colón o Galápagos.

Mas un ramal de dicha corriente se acerca al litoral ecuatoriano. Se hunde un tanto en el Golfo de Guayaquil, sigue hacia el norte, y a la altura del cabo que los españoles bautizaron con el nombre de Pasao o Pasado, dobla definitivamente hacia el oeste.

La acción de la corriente antártica de Humboldt en el clima peruano y ecuatoriano no fue bien determinada. La aridez de la costa peruana llevó a sabios como Raymondi y Bouguer al círculo vicioso de una explicación simplista; la falta de lluvias era explicada como consecuencia de la falta de vegetación. Pero, a su vez, la falta de vegetación sólo era explicable por la falta de lluvias. Fue un sabio de vida apasionada el ex-jesuita Teodoro Wolf, de la Politécnica de Quito un ex-sacerdote que trocó a San Ignacio por Lutero y

es quien había de dar la explicación certera; la corriente antártica, al enfriar la extensa superficie marina, no permite la condensación de la humedad sobre la tierra caliente, sino que se precipita en forma de tenues garúas y densas nieblas sobre el mar.

La acción de la corriente es, de este modo, doble: aridece la tierra por la falta de lluvias, y refresca el ambiente con sus brisas frías que van, recorriendo las sabanas aridecidas, hasta Guayaquil, cuyas noches durante la estación seca tienen un clima delicioso y tónico.

Los Andes y el mar rigen la vida del país. Mas su determinismo no es inevitable ni su acción homogénea. La cordillera dividida se une, de trecho en trecho, por nudos montañosos que dan a la región interandina un aspecto del país de hondones y de hoyas: los nudos de Boliche, Mojanda-Cajas, Tiopullo, Sananajas-Igualata, Tiocajas, Azuay, Portete-Tinajillas, Ancayana-Guagrahuma y Cajanuma, dividen la zona interandina en nueve hoyas diferenciadas difícilmente accesibles una a otra. A veces los hondones de la cordillera son tan profundos —como en el Chota y Yungilla— que en medio de la serranía se encuentra el trópico con todas sus características.

Tampoco la llanura litoral es uniforme. La sección sureña, sometida aún a las condiciones genéricas del litoral peruano, sufre la acción aridecedora de la corriente de Humboldt con dos modificaciones impor-

tantes: la aproximación al mar de la cordillera en el sur, que crea el sistema del Jubones y la sección rica del Guabo, y la elevación de una pequeña cordillera, la de Colonche, que en el norte de la provincia del Guayas se aproxima al mar, condensa la humedad, y forma

Un oasis maravilloso de Manglar Alto a Colonche y Guangala.

Desde el punto en que la acción de la corriente fría deja de hacerse sentir, campea el trópico con toda su riqueza lujuriente: el norte de la provincia de Manabí y toda la de Esmeraldas, bella como un ensueño de la naturaleza.

La acción de esa corriente, que modifica el clima, la vegetación, el régimen de lluvias, las condiciones mismas de la vida humana, es a su vez modificada por la rítmica corriente cálida que, desde enero hasta mayo, visita las costas del Ecuador. Esta corriente —mal estudiada todavía—, que aparece en los días cristianos de la Navidad, y que por lo mismo ha sido bautizada con el nombre de corriente del Niño, recorre el mar en un sentido opuesto: de norte a sur. La tibieza de sus aguas modifica la corriente fría. El mar se hace tibio. Y entonces es posible la precipitación de las lluvias abundantes sobre la tierra aridecida y caliente. La sabana gris se viste de verde. Hay alegría animal y vegetal: una euforia de la naturaleza que se baña de sol, de lluvia y de cantos.

Esa corriente parece tener una

cierta periodicidad: ciclos de siete años en que se hace más intensa. Y llega a serlo tanto que a veces el cambio de la salinidad y la temperatura provocan la fuga de las variedades de peces del litoral. Vuelan entonces grandes bandadas de aves marinas hambrientas hasta los pantanos de la región tropical —de tierra adentro— a la que no ha llegado la acción de las corrientes. Nubes de pájaros vuelan, días y días, como un presagio siniestro para las gentes sencillas de la campiña litoral.

Las condiciones externas de carácter geográfico determinan de este modo la vida ecuatoriana. Le

imponen su dramatismo. Le impiden la aglutinación en el presente como antes le impulsieron, por la excentricidad, el aislamiento. Y si bien este determinismo no es invencible para la técnica, aún es patente en el drama de la vida ecuatoriana.

EL DUELO DE LA SELVA Y LA MONTAÑA...

Ecuador: Drama y Paradoja, XXVIII Biblioteca Básica del Pensamiento Ecuatoriano, Banco Central del Ecuador-Corporación Editora Nacional, Quito-Ecuador, 1986; págs. 63-79.